

pitán. Y el libro, por medios habilísimos, pasaba de unos á otros, á pesar de que el director perseguía tales obras como si fuesen veneno puro.

—Si éstos me siguen—continuó el *Barrabás* con énfasis,—si no son unos cobardes, como mis consortes, ya oirás hablar de mí... Algún día puede que os tape con onzas de oro á padre y á ti... Cada uno sabe lo que le conviene. ¿Qué había de ser yo? ¿albañil, como padre? Muchas gracias: no quiero morir aplastado lo mismo que un sapo ó en medio de la calle pidiendo limosna.

Él deseaba vivir; juerga, alegría, mujeres: de lo bueno, lo mejor. Sabía dónde se encontraba todo: sólo era asunto de agallas el hacerse dueño, y él las tenía. Aunque muchacho, había visto bastante.

Su sonrisa era una mueca de viejo, un gesto de repugnante precocidad, que se reflejaba en sus ojos con un brillo feroz.

Maltrana, molestado por el cinismo del pequeño, huyendo su mirada, que parecía insultarle, se fijó en otro muchacho que se aproximaba á ellos. Iba descalzo, sin otras ropas que un pantalón y una elástica, pero llevaba el pelo cuidadosamente peinado, con una raya en el centro y dos bandós luengos y lustrosos.

—¿Y tú por qué estás aquí?—le preguntó Isidro.

El aludido contestó gravemente:

—Por darle una puñalada... á un queso.

Rió *Barrabás* la estúpida gracia con estruendosas carcajadas, y los grupos cercanos rieron también como escandaloso eco. Todos se habían enterado de quién era Maltrana, y le miraban burlonamente. Al escuchar sus reconvenciones al hermano le consideraban como un enemigo. Era igual á muchos individuos de su familia que ve-

nían á sermonearles en presencia de los camaradas, poniéndolos en ridículo, cual si no fuesen ya unos hombres.

—A ver si hay formalidad—dijo el empleado aproximándose al oír las risas.—Al primero que venga con chirigotas, le suelto un capón.

Amenazaba como un maestro de escuela, con los nudillos de su mano. Luego añadió, señalando al de la puñalada al queso:

—Este se ve aquí por sinvergüenza. Su padre es rico, y él le ha robado, ha empeñado cosas de su casa, se ha escapado con mujeres. Aún no tiene catorce años. Su familia, para que se corrija, le ha metido en esta escuela de moralidad y buenas costumbres.

Y miraba á Maltrana con ojos entre asombrados é irónicos, como admirando, por su inmensa estupidez, á aquel padre que pretendía corregir al hijo, encerrándolo en la Cárcel Modelo.

—Este señorito irá lejos—continuó.—Los chicos le llaman el *Levita*, y es el mayor amigote del *Barrabás*. El es quien le llena la cabeza de aire, hablándole de las cosas que pueden hacer juntos cuando salgan á la calle.

Maltrana comenzaba á sentir la inquietud de una situación ridícula, viéndose rodeado por aquellos monos malignos. Al volver la cara, sorprendió por dos veces los guiños burlescos, las morisquetas que hacían algunos á sus espaldas, mirando á *Barrabás*. Su hermanastro, con una leve sonrisa, parecía animarles.

Del fondo de la galería salieron voces, imitando el gruñido de varios animales. El empleado iba de un lado á otro, amenazando con el consabido capón. Todos adivinaban en Maltrana al enemigo, al pariente moralizador y molesto, que se presen-

ta á predicar la virtud. ¡Virtud á ellos, que eran unos hombres y estaban enterados de todo!

No quiso Isidro prolongar por más tiempo la visita: además, el empleado que le servía de guía, mostrábase impaciente.

Prometió al *Barrabás* interesarse por su suerte; ver á los señores del juzgado, por si era posible hacer algo en favor suyo.

—No lo descuides—dijo el pilluelo con hipócrita seriedad.—Será una buena acción: mis consortes son más culpables que yo. Si hubiese justicia, ya me habrían puesto en la calle.

Pero en sus palabras notábase la falta de anhelo por salir. Allí no estaba mal; además, pensaba en el *cartel* que podía darle un largo encierro, en la admiración con que acogerían su salida los golfos albergados en las cuevas de los alrededores de Madrid.

Cuando Isidro volvió á casa, pensaba en su visita á la cárcel, como si fuese un ensueño. ¡Y su hermano, un pedazo de su carne, vivía allí con delectación, como si la esclavitud le colocase por encima de los demás! No ocultó á Feli el mal efecto de su visita.

—Haré lo que pueda por ese granuja, aunque él, por su gusto, mejor está allí.

El señor José se presentaba por las noches en casa de Isidro, pues el día pasábalo en aquella gran edificación de las afueras, por no perder el jornal.

—¿Qué hay del chico?—preguntaba ansiosamente.

Al principio, le dió Isidro buenas esperanzas. Creía posible su excarcelación, por medio de un amigo que, á su vez, lo era de otro que conocía al escribano. Luego se mostró pesimista. Pedirían

una fianza, y no era cosa fácil para unos pobres como ellos el conseguirla. Por fin, quiso dar un consejo al señor José. El *Barrabás* era cosa perdida. Lo mismo daba que permaneciese en la cárcel que en la calle. Casi le favorecían dejándolo allí, pues evitaban que cometiese nuevos delitos.

El albañil no volvió por casa de Maltrana. A pesar de su carácter rígido, mostróse ofendido por esta falta de esperanza en la regeneración del *Barrabás*; y eso que él era el primero en desconfiar de su enmienda.

Isidro casi olvidó á su hermano. Otras preocupaciones dominaban su pensamiento. Quería salir de su mísera situación antes que se agotase el dinero del libro del marqués de Jiménez, administrado por Feli con escrupulosa economía.

De vez en cuando, una traducción que le proporcionaba un amigo, un artículo que conseguía colocar en un periódico ilustrado, sostenían instantáneamente el descenso de su fortuna. Pero esto no era bastante: le faltaba el ingreso regular y seguro para mantener su vida.

Pensó un momento en hacer un esfuerzo de voluntad y entrar en la redacción de un periódico... La empresa no era fácil: todos los puestos estaban ocupados, y él apenas si servía para esta labor. La fama del *Homero* indolente se había esparcido por todas las redacciones.

Hubo instantes en que confió su salvación á libros originalísimos que se le ocurrían, y que, según él, estaban destinados á producir gran escándalo en el público. Pero, ¿quién iba á imprimirlos? Y la fuerza para escribir, ¿dónde podía encontrarla, con la voluntad entorpecida y la inquietud del sustento inseguro?...

Comenzaba á dudar de su fuerza. Desvaneciase

la fe de aquellos momentos de bienestar, en los que creía en asombrosas ascensiones hacia el triunfo. Pensaba, en su desesperación, que era un infeliz sentenciado á la miseria, con menos talento que un mozo de cordel. Aquellas ropas raídas, de señorito, que cubrían su cuerpo, eran la librea del hambre. Llegaba á su cuarto y se tendía en la cama, triste, trémulo, como si le amenazase una desgracia, ocultando la cara entre las manos. La pobre Feli acu- día balbuceando de miedo.

—¿Qué tienes, Isidrin? ¿Qué te pasa, rico mío?

Le acariciaba como una madre; hundía sus manos en la crespada cabellera, mientras Maltrana respondía entre suspiros. Nada, no tenía nada: jaqueca, cansancio de no trabajar, aburrimiento.

Gemía de impotencia, acompañado por la dulce Feli, que también derramaba lágrimas sin pedir nuevas explicaciones, adivinando, con su instinto de mujer, que estas crisis tenían relación con el montoncillo de dinero, cada vez más exiguo, que guardaba en la cómoda.

La juventud y el amoroso contacto de sus cuerpos, acababan por desvanecer esta lluvia de lágrimas. Abrazábanse con los ojos todavía húmedos, sentían la necesidad de estrecharse, de hacer frente con mayor solidez á la desgracia, y los besos sucedían á los llantos, entregándose al amor con un resto de melancolía que proporcionaba á su placer nuevas dulzuras.

Por las noches entraba Maltrana en casa cada vez más tarde. La tímida Feli había tenido que vencer su miedo á las habitaciones desiertas, á las terroríficas imágenes del señor Vicente.

Cosía hasta más de las once á la luz de un quinqué comprado en el Rastro. El señor Vicente, al volver á su habitación y ver luz por debajo de

la puerta, tocaba discretamente con los nudillos.

—¿Aún no ha vuelto el señor de Maltrana?

Y al saber que Feli estaba sola negábase á pasar adelante. Era tarde, y debía levantarse con el alba.

—Que trabaje usted mucho, señora, y duerma bien. ¡Ah! Y si tiene usted un rato libre y quiere distraerse, lea aquella oración tan bonita que le entregué. Se ganan ochenta días de indulgencia.

Escuchaba Feli el ruido de sus zapatos al caer; los crujidos del jergón, los suspiros y rezos del devoto al tenderse. Luego venían los gritos de la pesadilla, los apóstrofes al Malo para que se alejase con sus carnales tentaciones.

Feli se acostaba después de media noche, aguardando en la obscuridad la llegada de Isidro, creyendo que era él, cada vez que sonaban pasos en la escalera. Dormíase muchas veces vencida por la fatiga y despertaba al sentir en sus ojos la violenta impresión de la luz.

Isidro, con aire fatigado, desnudábase junto al lecho. ¿Qué hora era? Las tres: las cuatro. El joven excusaba su retraso hablando de los deberes que pesan sobre un escritor, de las exigencias del oficio. Había que dejarse ver de las gentes, frecuentar las tertulias de Fornos, visitar algunas redacciones, callejear con ciertos amigos noctámbulos que podían ayudarle. El la amaba como siempre: pero se debía á la literatura y al público.

Una noche asistió á un banquete en honor de un compañero que acababa de publicar un tomo de versos. Era una fiesta de juventud, un alarde de fuerza y cohesión para que rabiasen los viejos. Feli cepilló con gran cuidado su traje, puso en su pañuelo unas cuantas gotas de esencia, que aún le restaban en el fondo de un frasco; añadió un

par de pesetas, por lo que pudiera ocurrir, al duro, precio del cubierto, que separó tristemente de lo que ella llamaba el «capital de la casa», cada vez más reducido.

Eran las tres de la madrugada cuando despertó Feli, sintiendo en la frente el contacto de unas manos. Lo primero que vió fué la cara de Isidro, pero transfigurada, con las mejillas rojas, brillándole los ojos con un fulgor extraordinario. Después, percibió un perfume de flores marchitas y vió esparcidos sobre la cama varios *bouquets*, que indudablemente habían servido de adorno á los cubiertos, antes de comenzar el banquete.

—¡Viva el arte!—gritó Maltrana con una agitación que hizo reír á Feli.—¡Viva la eterna belleza! ¡Viva la juventud triunfante!

—Pero, cállate condenado—exclamó la muchacha.—Puesto á gritar, dale un viva al vino, porque me parece que vienes algo mareado.

—Estoy borracho, es verdad: borracho de entusiasmo, de vida, de inspiración. El porvenir es nuestro, nena: los jóvenes triunfaremos. Tú eres la belleza, la musa de la juventud: dejá que te cubra de flores.

Y riendo como un chicuelo travieso le arrojaba á la cara los ramilletes.

—¡Pero, Isidro, hijo mío—protestó Feli,—que vas á despertar al señor Vicente!...

—Que se fastidie ese sacristán: que reviente el rapavelas. ¡Abajo el obscurantismo! ¡Viva el arte y la juventud!

La alegre embriaguez de Maltrana haciale contemplar á Feli con ojos amorosos. ¡Qué hermosa la veía en el desorden del sueño, con el pelo alborotado y las mejillas sonrosadas, mostrando su pecho, de suave palidez de camelia, por

entre las modestas puntillas de la camisa, cruzando tras la cabeza el marfil de sus redondos brazos! Era la musa de la juventud. Isidro la besaba en el rostro, en los hombros, en los pechos, en todos los adorables rincones de su carne que la muchacha iba dejando al descubierto al revolverse en la cama, estremecida, bajo el chaparrón de caricias que le arrancaba sofocadas risas, lamentaciones de irresistible cosquilleo.

—Déjame, mala persona—gemía riendo.—Déjame ó chillo.

Maltrana siguió besándola, interrumpiendo sus caricias con ardorosas palabras.

—Grita lo que quieras... pero no te dejas. Quiero asesinarte, matarte á besos... Te adoro. Eres la Venus de Milo... La de Milo, no, ¡qué barbaridad! no tiene brazos y los tuyos son muy bonitos. Eres la de Médicis, la de Cánova, la Capitolina, ¡eso es!... la Capitolina, que es la más chulona de todas las Venus... Deja que te bese de rodillas, que te adore.

Y en la extravagancia de su embriaguez, pretendió arrodillarse para besar una pierna que asomaba entre las ropas del lecho.

Feli sonreía con estos arrebatos de su amante. Le placía verle alegre. Se había dormido pensando en la necesidad de decirle una cosa... una cosa muy importante.

Maltrana inclinó su cabeza para oír mejor.

—Habla: dime qué es eso.

Pero Feli se resistió á hablar, ocultando su cara al mismo tiempo que sus mejillas se enrojecían intensamente. No: así no. Temía que alguien le oyese: que sus palabras llegasen hasta el devoto, que dormía al otro lado del tabique.

Extendió sus brazos para coger la cabeza de

Isidro y la aproximó á su boca, hablándole al oído, largamente, con mimo infantil.

Cuando Maltrana se incorporó, ya no le brillaban los ojos. Se había disipado el gesto risueño de su embriaguez: había perdido las ganas de dar vivas á la juventud y al arte.

La paternidad acababa de arrojar su fardo de inquietudes, de graves afectos y penosos deberes, en medio del camino de su amor.

¡Un hijo!... Adiós, juventud. Maltrana creyó que caía de golpe sobre sus hombros la capa de plomo de los años; vió más negra, más triste, la miseria en que vivía.

Fué un sentimiento indefinible, en el que se mezclaban la satisfacción y el miedo. Su personalidad iba á desdoblarse, prolongándose en el curso de la vida. Esto le elevaba como hombre. Pero creyó sentir en torno algo que se despegaba de él. La juventud alegre, sin responsabilidades ni obligaciones, se perdía para siempre. A lo lejos, la Ilusión, en fuga, batía sus alas de diamante.

VIII

Sufrió Maltrana un gran cambio en su vida. El dinero iba desapareciendo, sin que los tardos é irregulares ingresos, bastasen para sostener la casa.

Feli le pareció menos agradable. Trataba á Isidro con el cariño de siempre, le cuidaba y mimaba con aquella adoración que hacía de ella una devota, más que una amante; pero tenía crisis de inexplicable tristeza, que parecían contagiarle á él.

Muchas veces, al volver Isidro á su casa, la sorprendía de bruces en la cama, llorando silenciosamente.

—¡Pero, qué tienes!—gritaba con tono colérico.
—¡Qué te pasa!...

Nada: lloraba sin saber el motivo. La maternidad trastornaba su débil organismo. La invadía una intensa tristeza, atormentando su imaginación. Pensaba en el sér misterioso que llevaba en sus entrañas, en cuál sería su fortuna al surgir al mundo, en la miseria que rondaba en torno de ellos, amenazándoles con toda clase de privaciones.

Isidro sorprendía algunas veces en su mirada una curiosidad molesta, como si le contemplase